



CAPITULO VI

En el que se refiere cómo echó Periquillo á Luisa de su casa,
y su casamiento con la niña Mariana

Tomado el dicho á mi novia, presentadas las informaciones y conseguida la dispensa de vanas, sólo restaba, como acabé de decir, hacerle las donas á mi querida y echar de casa á Luisa. Para ambas cosas pulsaba yo insuperables dificultades. Ya le había comunicado á Roque mi designio de casarme, encargándole el secreto;

PERIQUILLO SARNIENTO. — T. II, C. — 36.

mas no le había dicho las circunstancias apuradas en que me hallaba, ni él se atrevía á preguntarme la causa de mi dilación; hasta que yo, satisfecho de su viveza, le dije todo lo que embarazaba el acabar de verificar mis proyectos.

Luego que él se informó, me dijo: —¿Y que hayas tenido la paciencia de encubrirme esos trapantojos que te acobardan, sabiendo que soy tu criado, tu condiscípulo y tu amigo, y teniendo experiencia de que siempre te he servido con fidelidad y cariño? ¡Vamos! no lo creyera yo de tí; pero dejemos sentimientos y ámate, que fácilmente vas á salir de tus aprietos. Por lo que toca á las donas, supongo que las querrás hacer muy buenas, ¿no es así?

—Así es, en efecto, le dije, y ya ves que he gastado mucho, y que el juego días hace que no me ayuda. Apenas tendré en el baúl trescientos pesos, con los que escasamente habrá para la función del casamiento. Si me pongo á gastarlos en las donas, no tengo ni con qué amanecer el día de la boda; si los reservo para ésta, no puedo darle nada á mi mujer, lo que sería un bochorno terrible, pues hasta el más infeliz procura darle alguna cosita á su novia el día que se casa. Conque ya ves que ésta no es tranca fácil de brincar.

—Sí lo es, me dijo Roque muy sereno: ¿hay más que solicitar los géneros fiados por un mercader y un aderecito regular por un dueño de platería? — Pero

¿quién me ha de fiar esa cantidad, cuando yo no me he dado á conocer en el comercio?

—¡Qué tonto eres, Pedrito, y cómo te ahogas en poca agua! Dime, no es tu tío el licenciado Maceta?— Sí lo es. —¿Y no es hombre de principal conocido?— También lo es, le respondí, y muy conocido en México. —Pues andar, decía Roque, ya salimos de este paso. Vístete lo mejor que puedas; toma un coche y yo te llevaré á un cajón y á una platería, á cuyos dueños conozco; preguntas por los géneros que quieras, pides cuantos has menester, los ajustas y los haces cortar, y ya que estén cortados, dices al cajonero que esperas dinero de tu hacienda dentro de quince ó veinte días; pero que estando para casarte muy pronto y necesitando aquella ropa para arras ó donas para tu esposa, le estimarás el favor de que te los supla, dejándole para su seguridad una obligación firmada de tu mano.

El comerciante se ha de resistir con buenas razones, pretextando mil embarazos para fiarte, porque no te conoce. Entonces le preguntas tú que si conoce al licenciado Maceta, y que si sabe que es hombre abonado. Él te responderá que sí; y á seguida se lo propones de fiador. El mercader, deseoso de salir de sus efectos y viéndose asegurado, admitirá sin duda alguna. Lo propio haces con el platero, y cádate ahí vencida esta gravísima dificultad.

— No me parece mal el proyecto, le dije á Roque; pero si el tío no quiere fiarme ¿qué hacemos? En ese caso quedo más abochornado. — ¿Cómo no ha de querer fiarte, dijo Roque, cuando te tiene por rico, te visita tan seguido y te quiere tanto?

— Todo está muy bien, le contesté; pero ese mi tío es muy mezquino. Si supieras que á otro sobrino suyo, que cierta vez se vió amenazado de llevar doscientos azotes en las calles públicas, no sólo no lo favoreció, sabiéndolo, sino que le escribió una esquila muy seca dándole á entender que si en dinero estribaba librarse de esa afrenta, que no contara con él sino que la sufriera, pues la había merecido, ¿qué dijeras? — Dijera, me contestó Roque, que eso lo hizo con un sobrino pobre; pero mis orejas apuesto á que no lo hace con un sobrino como tú. Mira, Pedrito; el hombre muy mezquino ordinariamente es muy codicioso, y su mismo interés lo hace ser franco cuando menos piensa; por eso dice el refrán, que la codicia rompe el saco; y otro dice, que siempre el estreñido muere de cursos. Sobre todo, hagamos la tentativa, que nada cuesta. Dile que apenas tienes en el baúl dos mil pesos; que piensas sacar dinero á réditos para quedar bien en este lance; que dentro de quince ó veinte días te traerán ó dinero ó ganado de tu hacienda; cuéntale cuántas mentiras puedas y regálale alguna cosa bonita á su mujer, convidando á los dos para padri-

nos; y cuando hayas hecho todo esto, dile cómo están los géneros y alhajas detenidos por falta de un fiador, y que tú, descansando en su amistad, lo propusiste por tal, creyendo no te desairaría. Esto lo has de decir después de comer y después de haber llenado la copa cinco ó seis veces, teniendo prevenido el coche á la puerta; y móchame si no sucede todo á medida de nuestro deseo.

Convencido con la persuasión de Roque, me determiné á poner en práctica sus consejos, y todo sucedió al pie de la letra, según él me había pronosticado; porque apenas me dió el deseado sí mi dicho tío, cuando sin darle lugar á que se arrepintiera, nos embutimos en el coche, fuímos al cajón, y se extendió la obligación en cabeza del tío en estos términos:

«Digo yo, el licenciado don Nicanor Maceta; que por la presente me obligo en toda forma á satisfacer á don Nicasio Brundurín, de este comercio, la cantidad de un mil pesos, importe de los géneros que ha sacado de su casa al crédito, mi sobrino don Pedro Sarmiento para las donas de su esposa; cuya obligación cumpliré pasado el plazo de un mes, en defecto del legítimo deudor mi expresado sobrino. Y para que conste lo firmé, etc.»

Recibió el don Nicasio su papelón muy satisfecho, y yo mis géneros, que metí en el coche, y nos fuímos á la platería donde se representó la misma escena, y me

dieron un aderezo y cintillo de brillantitos que importó quinientos y pico de pesos.

Dejé en la sastrería los géneros, dando al sastre las señas de la casa de mi novia y orden para que fuese á tomarle las medidas, le hiciese la ropa y le entregase de mi parte las alhajas.

Concluída esta diligencia, me volví á casa con el tío, quien me decía en el coche de cuando en cuando:—Cuidado, Pedrito; por Dios, no quedemos mal, que estoy muy pobre.—Y yo le respondía con la mayor socarra:—No tenga usted cuidado, que soy hombre de bien y tengo dinero.

En esto llegamos á casa, refrescamos, y mi tío se fué á la suya; cenamos, y después que Luisa se acostó, llamé á Roque y le dije:—No hay duda, amigo, que tú tienes un expediente liberal para todo. Yo te doy las gracias por la bella industria que me diste para salir de mi primera apuración; pero falta salir de la segunda, que consiste en ver cómo se va Luisa de casa; porque ya ves que dos gatos en un costal se arañan. Ella no puede quedar en casa conmigo y Marianita, porque es muy celosa; mi mujer no será menos, y tendremos un infierno abreviado. Si una mujer celosa se compara en las Sagradas Letras á un escorpión, y se dice que no hay ira mayor que la ira de una mujer; que mejor sería vivir con un león y con un dragón, que con una de éstas, ¿qué

diré yo al vivir con dos mujeres celosas é iracundas? Así, pues, Roque, ya ves que por manera alguna me conviene vivir con Luisa y mi mujer bajo de un techo, y siendo la última la que debe preferirse, no sé cómo desembarazarme de la primera, mayormente cuando no me ha dado motivo; pero ello es fuerza que salga de mi casa, y no sé el modo.

—Eso es lo de menos, me dijo Roque, ¿me das licencia de que la enamore?—Haz lo que quieras, le respondí.—Pues entonces, continuó él, haz de cuenta que está todo remediado. ¿Qué mujer es más dura que una peña? Y en una peña hace mella una poca de agua cayendo con continuación. Yo te prometo rendirla en cuatro días. No la quiero; pero sólo por servirte la seduciré lo mejor que pueda, y cuando logre sus favores, aplazaré un rato crítico, en el que tú, hallándonos en parte sospechosa, puedas, si quieres, darle una paliza, suponiendo tener mucha razón, y echarla de tu casa en el instante sin que ella tenga boca para reconvenirte.

Concebí que el proyecto de Roque era demasiado injusto y traidor; pero me convine con él, porque no encontré otro más eficaz, y así, dándole mis veces, esperaba con ansia el apurado momento de lanzar á Luisa de mi casa.

Roque, que no siendo mal mozo era muy lépero, y con reales que yo le franqueé para la empresa, se valió

de cuantas artes le sugirió su genio para la conquista de la incauta Luisa, la que no le fué muy difícil conseguir, como que ella no estaba acostumbrada á resistir estos ataques; y así á pocos tiros de Roque rindió la plaza de su falsa fidelidad, y el general señaló día, hora y lugar para la entrega.

Convenidos los dos, me dió el parte compactado, y cuando la miserable estaba enajenada deleitándose en los brazos de su nuevo y traidor amante, entré yo, como de sorpresa, fingiendo una cólera y unos celos implacables, y dándole algunas bofetadas, y el lío de su ropa, que previne, la puse en la puerta de la calle.

La infeliz se me arrodilló, lloró, perjuró é hizo cuanto pudo para satisfacerme; pero nada me satisfizo, como que yo no había menester sus satisfacciones sino su ausencia. En fin, la pobre se fué llorando, y yo y Roque nos quedamos riendo y celebrando la facilidad con que se había desvanecido el formidable espectro que detenía mi casamiento.

Pasados ocho días de su ausencia, se celebraron mis bodas con el lujo posible, sin faltar la buena mesa y baile que suele tener el primer lugar en tales ocasiones.

A la mesa asistieron mis parientes y amigos, y muchos más entremetidos á quienes yo no conocía, pero que se metieron á título de sinvergüenzas adúladores y yo no podía echarlos de mi casa sin bochorno; pero ello



...uno de ellos, afianzando á su enemigo del primado, se quedó con el casaca
en las manos